

meto de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió D. Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser D. Quijote de la Mancha, sino otro que le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el impetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz malltrecho me tiene. Ayudóle á levantar D. Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y mal-

andantes se apartaron de D. Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. D. Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su naringante escudero.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quien era el caballero de los Espejos y su escudero.

En estremo contento, ufano y vanaglorioso iba D. Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba D. Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que cuando el ba-

chiller Sanson Carrasco aconsejó á D. Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre que medio se podría tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á D. Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido D. Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que D. Quijote vencido cumpliria indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda

referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viage que llevaba D. Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de D. Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuan mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al bachiller: por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: D. Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cual es mas loco: ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que le es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues

así es, dijo Tomé Cecial, y fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos D. Quijote, es pensar en lo escusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

CAPITULO XVI.

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero au-

dante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo : daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante : tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses : finalmente decia entre sí, que si el hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo : ¿ no es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿ Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, muger y hijos no me las podría dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi mis-

ma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estos á razon, Sancho, replicó D. Quijote: ven acá, ¿en que consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo por ventura? ¿he-le dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió D. Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pudiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por esperiencia que no te dejara

mentir ni engañar, cuan fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y vo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabia que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embelecó suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua torquilla, vestido un gaban de paño fino verde gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la ginetá, asimismo de morado y ver-

de; traía un alfange morisco pendiente de un ancho tahali de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahali; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero D. Quijote le dijo: señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se albotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon de-

lantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á D. Quijote, mucho mas miraba D. Quijote al de lo verde pareciéndole hombre de cha-pa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el trage y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de D. Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su caballo, lo grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien D. Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van: Sali de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me

llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido grande parte de mi deseo socorriendo viudas, amparado doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millarés si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el caballero de la Triste Figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy y la profesión que hago. Calló en diciendo esto D. Quijote, y el de lo verde segun se tardaba en respon-

derle parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mi causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís que el saber ya quien sois me la podría quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Como ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió D. Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió D. Quijote, y qué dese esto aquí, que si nuestra jornada dura espe-

ro en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Destá última razon de D. Quijote tomó barruntos el caminante de que D. Quijote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmarse; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quijote le rogó le dijese quien era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gaban: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi muger y con mis hijos y con mis amigos: mi ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento que deleiten con el language, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis

vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazon á la hipocresia y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que estan desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿qué haceis, hermano? ¿que besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.

Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á D. Diego. Preguntóle D. Quijote que cuantos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor D. Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo sino porque no es tan bueno como quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que nos es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto

ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió D. Quijote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pene lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado: y aunque la de la poesía es ménos útil que

deleitable, no es de aquellas que suelen deshonorar á quien las posee. La poesia, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo estremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro parísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni delignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y principe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesia, sera famoso y estimado su nombre en todas las naciones

politicas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de romance, doime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta: el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesia de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierden y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera; el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis, etc.* Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará

al poeta que solo por saber el arte quisiere serio. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficionala; así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetisimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garrachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpeaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantamente él lo hizo, alábele, porque licito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trunco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costum-

bres lo será tambien en sus versos: la pluma es la lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesia en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienas. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de D. Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de D. Quijote, cuando alzando D. Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual Sancho oyéndose llamar dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien

sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPITULO XVII.

Donde se declara el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito animo de D. Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que cuando D. Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba el comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo no supo que hacer dellos ni en que fraerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo: dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacía ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debía de traer moneda de su Magestad, y así se lo dijo á D. Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian

de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por esperiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuando, ni adonde, ni en que figuras me han de acometer, y volviéndose á Sancho le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla D. Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y esprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de D. Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho: ¿que será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpíose D. Quijote, y quitóse la celada por ver que cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó á las narices, y en

oliéndolas dijo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flemma y disimulación respondió Sancho: si son requesones démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómo los el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habeis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me mueva como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo D. Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando despues de haberse limpiado D. Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con

ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las bandaras, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose D. Quijote delante y dijo: ¿adonde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué llevais en él? y ¿qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia á la corte presentados á su Magestad, las banderas del rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó D. Quijote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas; y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvie, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo D. Quijote sonriéndose un poco: ¿leoncitos á mi? ¿á mi leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero abrid esas jaulas, y

echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quien es D. Quijote de la Mancha, á despecho y pasar de los encantadores que á mí los envían. Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á el Sancho y dijo: señor, por quien Dios es que vuesa merced haga de manera que mi señor D. Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegando á D. Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: señor caballero los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo la quitan, porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza, cuanto mas que estos leones no vienen contra vuesa Merced, ni lo sueñan, van presentados á su magestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viage. Váyase vuesa merced, señor hi-

dalgo, respondió D. Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó nó estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: voto á tal don bellaco, que si no abris luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. O hombre de poca fe, respondió D. Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: séanme testigos cuantos aquí estan como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le

persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió D. Quijote que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó D. Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió D. Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriere ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero

vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto D. Quijote, el cual volviendo á dar prisa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que pícase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la bora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á D. Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oía, y que no se curase de mas intimaciones y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese prisa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando D. Quijote si seria bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y abrazó el

escudo, y desvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro; encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia esclama y dice: ¡o fuerte y sobre todo encarecimiento animoso D. Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo D. Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con que palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con que razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿que alabanzas habrá que no te convengán y cuadren, aunque sean hipóboles sobre todos los hipóboles? Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamas criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo deo aqui en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cesó la referida esclamacion del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia diciendo, que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á D. Quijote, y que no

podia dejar de soltar al leon macho so pena de caer en la dsgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el cual pareció de grandeza estraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y hostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo D. Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aqui llegó el estremo de su jamas vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y otra parte como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á D. Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual D. Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero,

porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ninguno bravo peleante, según á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona de vencimiento. Así es verdad, respondió D. Quijote: cerra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad y á la verdadera caballería, y cerra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta bazaña. Hizolo así el leonero, y D. Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los

que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dijo: que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era D. Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de D. Quijote, que los llamaba. Finalmente volvieron al carro, y en llegando dijo D. Quijote al carretero: volved, hermano á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viage; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos? Entónces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exajerando; como él mejor pudo y supo, el valor de D. Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber el dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su volun-

tad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece desto, Sancho, dijo D. Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á D. Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo rey cuando en la corte se viesse. Pues si acaso su magestad preguntare quien la hizo, direisle que el *caballero de los leones*: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *caballero de la Triste Figura*; y en este sígo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento. Siguió su camino el carro, y D. Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra D. Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de D. Quijote, pareciéndote que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su

locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿que mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y que mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó D. Quijote diciéndole: quien duda, señor D. Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco; y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bieu parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir honran las cortes de sus principes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante,

que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requiebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorize la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrase grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inelencencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante ca-

ballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometi, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor D. Diego que ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor D. Quijote, respondió D. Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos prisa, que se hace tarde, y lleguemos á

mi aldea y casa ; donde descansará vuesa merced del pasado trabajo , que si no ha sido del cuerpo , ha sido del espíritu , que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y mereed , señor D. Diego , respondió D. Quijote ; y picando mas de lo que hasta entonces , serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de D. Diego , á quien D. Quijote llamaba el *caballero del Verde Gaban*.

CAPITULO XVIII.

De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló D. Quijote ser la casa de D. Diego de Miranda ancha como de Aldea ; las armas empero , aunque de piedra tosca , encima de la puerta de la calle , la bodega en el patio ; la cueva en el portal , y muchas tinajas á la redonda , que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea ; y sospirando y sin mirar lo que decía , ni delante de quien estaba , dijo :

¡ O dulces prendas , por mi mal halladas !
Dulces y alegres cuando Dios quería.

¡ O loboscas tinajas , que me habeis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura ! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de D. Diego , que con su madre habia salido á recibirle , y madre y hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de D. Quijote , el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas , y D. Diego dijo : recibid , señora , con vuestro sólito agrado al señor D. Quijote de la Mancha , que es el que tenéis delante , andante caballero , y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora , que Doña Cristina se llamaba , le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía , y D. Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante , que en oyéndole hablar D. Quijote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego , pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico ; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio , porque no venian bien con el propósito principal de la historia , la cual mas tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones. Entraron á D. Quijote en una sala , desarmóle